

SERGIO FERNÁNDEZ LÓPEZ / PREFACIO



Biblia manuscrita e iluminada I-1-3, que se conserva en el Real Sitio de San Lorenzo de El Escorial.

La aproximación a las Sagradas Escrituras, pues, fue bastante dispar. La religiosidad, tan presente y extendida entre las distintas capas sociales durante la Baja Edad Media, impulsó a numerosos nobles y otros grupos más o menos poderosos a hacerse con versiones vulgares de los textos bíblicos. Pese a que las pragmáticas regias y las censuras eclesiásticas prohibían la lectura de biblias romances, no fueron pocos los que lograron adquirir versiones del Antiguo Testamento escritas no solo en su propia lengua, sino traducidas además desde el original hebreo, en detrimento de la Vulgata latina, cuya lengua apenas nadie entendía ya desde el siglo XIII. La oposición inquisitorial tenía una finalidad clara: que todos necesitasen del cura del lugar para que les tradujese e interpretase los pasajes complejos, asegurándose de ese modo la difusión de tal conocimiento. Muchos judíos españoles, temiendo la represión civil y eclesiástica, se negaron en principio a traducir las Escrituras. Fue el caso de rabí Moshé Arragel, quien afirmó por entonces «imposible ser el yo esto así poder cumplir por los inconvenientes que ende se me atraviesan e delante de los mis ojos se paran [...], el remanente en nós, remanente es muy miserable e pobre de ciencia, e si reliquia de reliquia algún tanto en nós quedó de la israelita hebreá nación, será fallado en otros más que en mí».

Arragel, sin embargo, terminó traduciendo una versión que, con los años, pasó de las manos del marqués de Villena a las del conde-duque de Olivares, para terminar al cabo en la casa ducal de Alba hasta la actualidad. Por el camino, el humanista Lope García de Salazar debió de copiar parte de ella, así como de otra traducción bíblica conservada en la biblioteca de El Escorial, pues en su *Libro de las bienaventuranzas y fortunas* se recogen la redacción del Génesis y el Eclesiastés que presentan aquellas dos versiones. No se trataba de una costumbre nada inusual. De hecho, Quevedo copia la traducción de las *Lamentaciones* que refleja la Biblia de Ferrara en sus *Lágrimas de Jeremías castellanias*, mientras que algunas décadas antes fray Luis de León había hecho lo propio en su *Comentario al Libro de Job*, además

«En Jerusalén, hace casi tres mil años, un autor desconocido compuso la obra que, desde entonces, ha formado parte de la conciencia espiritual de gran parte del mundo [...]. Puesto que no podemos conocer las circunstancias en las que se compuso la obra o para qué fines, en última instancia debemos únicamente confiar en nuestra experiencia como lectores para dar cuenta de nuestras conjeturas acerca de qué es exactamente lo que allí leemos». Así comenzaba Harold Bloom, creo que con especial acierto y lucidez, su «Introducción» a *El libro de J* (1995: 21). En efecto, la Biblia no solo ha sustentado en gran medida los cimientos del mundo occidental de parte a parte y más allá, sino también penetrado en la conciencia individual y colectiva de sus sociedades, dejando a su paso un poso irreductible hasta en su inconsciente lingüístico. Tanto es así que, incluso en las etapas de mayor laicidad y desacralización, el ser más descreído podría sin estridencia gritar sus gracias a Dios; acordarse, en su desesperación, de la paciencia de Job; admitir estar «pasando las de Caín» o también, avanzando hacia el Nuevo Testamento y acrecentando aún más la hipérbole, comparar a voz en grito sus fatigas con las de Cristo en la cruz.

España, cuyas sociedades se desarrollaron a la sombra de aquella civilización occidental, no fue desde luego una excepción. Sus primeras letras nacieron al amparo de la sabiduría bíblica. Su incipiente literatura vernácula, tanto en prosa como en verso, hundía necesariamente sus raíces en las Escrituras, desde las obras poéticas del mester de clerecía a los textos narrativos del *scriptorium* alfonsí. Y esos polvos trajeron luego otros lodos, dicho sin ningún sentido peyorativo, sino como expresión de que aquellos usos embrionarios, lejos de menguar, fueron en aumento. A lo largo de los siglos, todos se acercaron a beber sin hartazgo de aquella fuente «de aguas vivas» que parecía inagotable. Claro que, como recordaba Bloom, cada uno lo hizo desde su propia experiencia, dándoles un sentido distinto a los textos bíblicos y sus personajes, apropiándose los para fines a menudo muy diferentes.

de servirse de la traducción de algunas biblias romances medievales en su *Exposición del Cantar de los Cantares*.

Este particularísimo libro de las Escrituras llevó a que en época rabínica se dudara ya de su adecuada inclusión en el canon bíblico. En época misnaica, se insistía en que el Cantar de los Cantares «hacía las manos impuras», respaldando con ello su verdadera naturaleza inspirada. Con todo, ni teólogos ni rabinos parecían dispuestos a aceptar sin más su temática amorosa y su historia entre dos enamorados, salpicada a veces de tintes eróticos, por lo que unos y otros prefirieron interpretarlo de manera alegórica. La situación resultaba en cierto modo paradójica, puesto que si, como querían los textos bíblicos, Dios era amor sobre todas las cosas, no podía haber libro que reflejase mejor la naturaleza divina. Por este motivo, fray Luis comenzó seguramente su comentario al Cantar de los Cantares afirmando que «ninguna cosa es más propia a Dios que el amor», tras haber declarado antes en sus clases que aquel libro era en realidad un *carmen amatorium*, lo que le costó, por cierto, casi cinco años de encarcelamiento inquisitorial. Y por esa misma razón debió de interpretar el libro como una auténtica égloga, en la que pastor y pastora se elogiaban mediante un canto amebico, como ejemplificó Arias Montano con su *Paráfrasis en modo pastoril*.

Libros como el Cantar de los Cantares, las Lamentaciones y, sobre todo, los Salmos se versificaron, glosaron y parafrasearon durante todo el Siglo de Oro hasta el punto de crearse por aquel entonces una auténtica poética bíblica, cuyos moldes ha desbrozado a la perfección Núñez Rivera en este mismo volumen. Por su parte, el teatro, cuya relativa popularización lo convirtió en el medio de mayor difusión, e incluso la prosa de la época acogieron aquí y allí materiales bíblicos. Las obras propiamente escriturísticas fueron legión, si entendemos el género en un sentido laxo y echamos en el saco aquellas que aludían en mayor o menor medida a la Biblia. En ellas no se trataba por lo común de una teología elevada, sino de sencillas referencias, pasajes o

personajes que todos conocían y que servían frecuentemente como paradigma de conducta o, por el contrario, como ejemplo de pérdida, además de reforzar otros sentidos diversos, incluido el jocoso, como demuestran en sus trabajos Ruth Fine y Martínez Berbel.

Todo este bagaje de cuño religioso fue triunfalmente aprovechado por la literatura dieciochesca, puesto que en la época había pocas cosas máspreciadas que la «utilidad». En efecto, muchos tuvieron claro que las obras de materia bíblica no solo encarnaban ideas de gran valor simbólico, con lo que ello significaba, sino que además poseían una valía cultural incalculable, aunque se estimasen siquiera como mero instrumento pedagógico. Y por si esto fuese poco ayudaban a su vez a engrosar la creencia religiosa, frente a la progresiva desacralización que caracterizó a la ideología ilustrada. La literatura de temática bíblica se convirtió, en fin, en un bienpreciado que había que salvaguardar, tanto para servir de contrapeso a la difusión del pensamiento laico del siglo XVIII, como por su innegable «poder moralizante», en palabras de Rodríguez Sánchez de León.

Ni siquiera la crisis del mundo moderno hizo desaparecer el trasfondo bíblico de numerosas obras literarias, aunque las referencias a las Escrituras y sus personajes se trajesen a los textos en ocasiones con la única finalidad de subvertir su significado tradicional y mostrar quizá la rebeldía o desazón humanas. El avance de las corrientes individualistas-irracionalistas llevó luego a muchos artistas a crisis de fe, así como también a su búsqueda desesperada, y a la necesidad de suplantar las creencias tradicionales por nuevas teodiceas. Con el tiempo, la apropiación de la Biblia y su significado había cambiado considerablemente. A menudo, la religión fue despojada de su sentido teológico y pasó a entenderse como filosofía, cultura y, al cabo, como mitología. Durante los siglos XIX y XX, unos procuraron sacralizar el arte; otros se presentaron como visionarios y únicos vates capaces de captar la armonía universal e incluso hubo quienes fueron considerados profetas del Nuevo Mundo; algunos se apropiaron de los textos bíblicos para fa-

bricar su figuración individual, mientras que no pocos se aferraron a ellos para renovarse vitalmente; para otros, la Biblia fue un simple motivo creador, del mismo modo que tampoco faltaron quienes la utilizaron para expresar historias de represión y conflicto. Buen ejemplo de ello son los últimos trabajos de este volumen, desde el estudio de Mercedes Comellas hasta el de García Candeira, pasando por los de Paolo Tanganelli, García Morales, Jiménez Hefferman o Patricio de Navacué. Y así hasta llegar a nuestro siglo, donde el relato de la creación llega a recrearse hasta de modo totalmente burlesco, como ocurre en *Los tentaderos de Dios* (2001) de Martínez Mediero.

Pero la Biblia, de un modo u otro, seguía estando ahí. Toda la Historia de la Literatura española estuvo al cabo preñada siempre de textos bíblicos. Sin embargo, todavía a mediados del siglo pasado Wilson y Bleuca (1953: VIII) se quejaban de los pocos estudios que habían abordado hasta la fecha aquella relación. La situación ha cambiado mucho desde entonces y si bien sería demasiado atrevido afirmar que el estudio de la Biblia y su influencia en la literatura están de moda, no parece que lo sea atestiguar sin más la atención que ha venido recibiendo en tiempos recientes. Y valgan como prueba de ello los dos congresos internacionales que acaban de celebrarse en noviembre de 2018 en Palma de Mallorca, con el Proyecto Biblias Hispánicas al frente, y en diciembre de 2018 en Granada, con la temática bíblico de trasfondo.

Sea esta, pues, otra pequeña aportación a los estudios sobre Biblia y literatura, a la que han querido sumarse desde Pedro Cátedra, cuyo fundamental artículo sobre las biblias medievales abre el monográfico, a María do Cebreiro, cuyo hermosísimo trabajo sobre creación y Biblia lo cierra. Solo me queda daros las gracias a todos por vuestro mucho esfuerzo y mayor desinterés. Gracias, en fin, por haber escuchado mis plegarias.

S. F. L.—UNIVERSIDAD DE HUELVA. CIPHCN

PEDRO M. CÁTEDRA / NUEVAS TIPOLOGÍAS DE TRADUCCIONES BÍBLICAS CASTELLANAS MEDIEVALES: EL SALTERIO BILINGÜE

En los últimos decenios del siglo pasado y en lo que va del presente, los estudios sobre la Biblia en la Edad Media y la temprana modernidad han proliferado. Esto, obviamente, se debe no solo a que los textos sagrados son de primer grado en relación con toda actividad en la que medie el libro o la memoria del texto religioso, es decir, en toda actividad intelectual o de formación en el pasado, sino que también y por ello, en la historia cultural, intelectual, literaria, etc., la Biblia constituye una red de soporte y al tiempo la base en la pedagogía material y religioso-ideológica escrita y oral, desde el aprendizaje de la lectoescritura hasta el adoctrinamiento pastoral o confesional, pasando por la práctica litúrgica y meditativa diarias de religiosos y laicos, que supone la selección de textos bíblicos y condiciona una interpretación en la memoria colectiva. En fin, recordando solo una faceta más de esta infiltración total del texto bíblico en cualquier práctica intelectual, este presta a la creación literaria, sean cuales fueren sus funciones, *invención*, esquemas de *composición*, o hasta modelos *tropológicos*, suscepti-

bles de fungir biográfica, autobiográfica o hasta «altrobiográficamente», todo en el ámbito de una *poética* trascendente o, en ciertos aspectos, según la denominara Alan Deyermond, *figural* (2015), incluso en la buscada «contradependencia» por medio de la desviación paródica filtrada por la liturgia (Gernert, 2008). Tal red de soporte tiene, naturalmente, el valor añadido —o reducido, según el caso— de ser resultado de un desplazamiento hermenéutico gracias también a las versiones en lenguas vulgares. Los romanceamientos bíblicos medievales, son, verbigracia, repositorios esenciales para percibir el estado de la lengua en tiempos de fronteras lingüísticas lábiles, de fijación y consolidación de una prosa romance, o en el ámbito de una sociedad cultural y religiosa múltiple, como fue la de la península ibérica, en la que, por ejemplo, era habitual el uso de traducciones completas del Antiguo Testamento en las comunidades judías, algunas de las cuales usufructuamos hoy.

Aquí no se intentará resumir el estado actual de los estudios sobre la difusión en lengua romance o la influencia de la Biblia en los reinos



FUNDADORES: ENRIQUE CANITO Y JOSÉ LUIS CANO
COMITÉ DE DIRECCIÓN: J. L. ABELLÁN, J. ÁLVAREZ BARRIENTOS, A. AMORÓS,
I. ARELLANO, L. BONET, G. CARNERO, L. A. DE CUENCA, A. EGIDO,
P. FERNÁNDEZ, T. FERNÁNDEZ, L. GARCÍA JAMBRINA, L. GARCÍA LORENZO,
L. GARCÍA MONTERO, P. GIMFERRER, L. GÓMEZ CANSECO, J. GRACIA,
J. M. MICÓ, J. M. POZUELO YVANCOS, E. PUPO-WALKER, C. RICHMOND,
D. RÓDENAS DE MOYA, F. RODRÍGUEZ LAFUENTE, D. SHAW, J. SILES,
G. SOBEJANO, A. SORIA OLMEDO, F. VALLS, J. URRUTIA Y D. VILLANUEVA
J. KORTAZAR (LETRAS VASCAS),
A. TARRÍO VARELA (LETRAS GALLEGAS)
N. PERPINYÀ (LETRAS CATALANAS)

ÍNSULA 865 - 866
ENERO-FEBRERO 2019

3

EDITORIA: A. GÓMEZ SANCHO
SUSCRIPCIONES Y ADMINISTRACIÓN: M. FERRER
EDITA: EDITORIAL PLANETA, S. A. U.
AVDA. DIAGONAL, 662-664 - 08034 BARCELONA